

**VI**  
**Concurso de**  
**Relato Breve**  
**2009**

**CONSEJERO DE CULTURA**

Paulino Plata Cánovas

**SECRETARIO GENERAL DE POLÍTICAS CULTURALES**

Bartolomé Ruiz González

**DIRECTORA GENERAL DE MUSEOS Y PROMOCIÓN DEL ARTE**

M<sup>a</sup> Inmaculada López Calahorro

**DELEGADO PROVINCIAL DE CULTURA**

Joaquín Dobladez Soriano

**COORDINACIÓN GENERAL**

M<sup>a</sup> Dolores Baena Alcántara, Directora del Museo Arqueológico y Etnológico de Córdoba

**TEXTOS**

Primer Premio: Fernando González Viñas

Segundo Premio: Raúl Sánchez Quiles

Tercer Premio: Antonio Zafra Arrebola

Finalistas: Pedro Porres Oliva, Miguel Sánchez Robles, Elvira Sánchez López, Ramón Rodríguez Pérez, Salvadora F<sup>a</sup> Jiménez López, Antonio Rojano, Javier Gutiérrez Rubio, Juan Casas Ávila

**COORDINACIÓN TÉCNICA**

José Escudero Aranda

Silvia Muñoz Jiménez

**PORTADA E ILUSTRACIONES**

Javier Flores

**DISEÑO Y MAQUETACIÓN**

Zum creativos

**IMPRESIÓN**

Imprenta Luque

**PRODUCCIÓN**

Museo Arqueológico y Etnológico de Córdoba

Pl. Jerónimo Páez, 7. 14071 - Córdoba

TELÉFONOS: 957 355 517 / 957 355 531

Web: [www.juntadeandalucia.es/cultura/museoarqueologicocordoba](http://www.juntadeandalucia.es/cultura/museoarqueologicocordoba)

CORREO ELECTRÓNICO: [museoarqueologicocordoba.ccu@juntadeandalucia.es](mailto:museoarqueologicocordoba.ccu@juntadeandalucia.es)

**EDITA:** JUNTA DE ANDALUCÍA. Consejería de Cultura

**DEPÓSITO LEGAL:** CO-648-2010

© DE LA EDICIÓN: JUNTA DE ANDALUCÍA. Consejería de Cultura

© DE LOS TEXTOS E ILUSTRACIONES: los autores



**Museo Arqueológico y  
Etnológico de Córdoba**

**VI  
Concurso de  
Relato Breve  
2009**

---



# Prólogo

Un año más, el Concurso de Relatos, el sexto en esta ocasión, con que el Museo Arqueológico de Córdoba celebra el Día Internacional de los Museos, vuelve a ponernos en las manos pequeñas joyas hechas de palabras, que son formas distintas de entender nuestro pasado, más allá de los datos del registro arqueológico. Así, los trozos de mármoles, las estatuas, las humildes cerámicas, los propios muros del museo, dejan de ser fragmentos de una realidad que a veces pudiera parecer inasible, para convertirse en argumentos palpitanes de vida.

En los relatos que contiene este libro – los tres ganadores y los nueve finalistas del concurso –, el museo no es un simple pretexto: se transforma en un extraordinario universo cultural al alcance de todos. En ellos encontramos tragedias y acontecimientos inquietantes, misterios, nostalgias, personajes alegres o distantes...

Muchas gracias a los autores por permitirnos ver a través de ellos esas otras facetas, por hacer del museo el protagonista de sus historias, en definitiva, por contribuir a hacer de él un recurso de dinamismo e interculturalidad. Gracias a Javier Flores, que con sus magníficas ilustraciones nos muestra un universo diverso que se une a los relatos. Y gracias, también, a los escritores Salvador Compán, Alejandra Vanessa y Antonio L. Ginés, a Ricardo Reques, ganador de la anterior edición, y a Joaquín Dobladez, Delegado de Cultura, que como jurado seleccionador, nos brindan también con su trabajo la oportunidad de acercarnos al museo desde perspectivas diferentes.

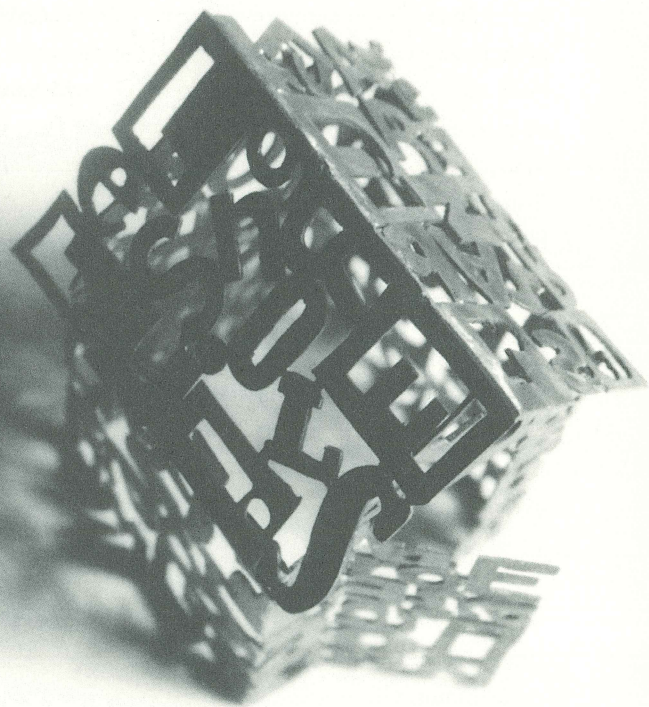
M<sup>a</sup> Dolores Baena Alcántara

*Directora del Museo Arqueológico y Etnológico de Córdoba*



# Índice

<i>Vacío, nieve</i>	Fernando González Viñas   Primer premio	9
<i>Hambre en el museo</i>	Raúl Sánchez Quiles   Segundo premio	11
<i>Catálogo</i>	Antonio Zafra Arrebola   Tercer premio	13
<i>De vencejos y cínifes</i>	Ramón Rodríguez Pérez	17
<i>El Museo</i>	Salvadora Fca. Jiménez López	20
<i>Fábula poética de Rabí Amicos</i>	Pedro Porres Oliva	23
<i>El cese</i>	Ramón Rodríguez Pérez	27
<i>Antiautobiografía de Miss X. Un desmoronamiento</i>	Antonio Rojano	30
<i>Gafas</i>	Javier Gutiérrez Rubio	35
<i>La soledad de las estatuas</i>	Miguel Sánchez Robles	38
<i>Los pendientes de oro</i>	Elvira Sánchez López	43
<i>Mujer con espejo</i>	Juan Casas Ávila	47



## *Vacío, nieve*

Fernando González Viñas  
(Córdoba)

Ese día el cielo estaba cubierto por nubes de color panzaburra. Llegaron a primera hora de la mañana, con sus uniformes gris marengo y sus gorras con visera. Aparcaron los camiones en la plaza y entraron sin presentarse y sin que nadie de nosotros les pidiese explicaciones. Pero, claro, ¡qué íbamos a poder hacer nosotros! El primer día cargaron con todos los objetos de colores. Cerámica, oros, mosaicos. Se fueron escupiendo un ruido ensordecedor por los tubos de escape de aquellos mastodónticos camiones en cuyas puertas podía leerse, en letras negras sobre fondo gris, “Martínez”. Nadie de nosotros quiso comentar nada. Como si nada hubiese ocurrido; como si el sol no acabase de salir porque no era el día para ello.

Al día siguiente volvieron con más camiones, con más uniformes gris marengo, con más gorras con visera. Se bajaron; entraron mientras que nuestros vigilantes y nosotros mismos en las oficinas bajábamos la cabeza, temerosos. Llenaron los camiones. Esta vez sin preocuparse por el color de los objetos, de las piedras labradas, de las solitarias cabezas de cónsules que creían haber encontrado donde reposar. Ni siquiera esperaron al día siguiente. Cuando los camiones repletos despejaron la plaza irrumpió un nuevo convoy adornado con el consabido “Martínez” en negro sobre fondo gris. A primera hora de la noche habían vaciado todo el edificio. Poco después del último rugido de los motores, nos atrevimos a salir del museo. En silencio, sin comentar lo ocurrido, sin mirarnos, regresamos a nuestras casas haciendo creer a los que nos esperaban, que el sol iluminaba aún las cabezas de los cónsules.

Volvimos por la mañana. ¡Qué podíamos hacer! Nos sentamos en nuestras sillas y esperamos. Oímos el ruido de los camiones y bajamos las miradas. Entraron como los



días anteriores, sigilosos, como pidiendo perdón, pero a la vez mostrando una voluntad férrea ante la que hubiese sido suicidio oponerse. Se llevaron nuestras mesas, se llevaron nuestras sillas con nosotros sentados aún en ellas. No se molestaron en reunirnos en un camión separado de los objetos. Fui de los últimos en ser introducido en los camiones. Pude contemplar, mientras me llevaban en volandas sentado en mi silla, el edificio completamente vacío. Como el final de un cuento en el que el niño hace rato que ya se durmió. Dentro del camión, mientras oía el ruido de los motores arrancando, me quitaron mis ropas y me pusieron un uniforme gris marengo y una gorra con visera. Por una pequeña apertura, cuando ya girábamos para abandonar para siempre la plaza y ese edificio transformado en el más absoluto de los vacíos, pude ver desde el interior del camión como las nubes color panzaburra habían dado paso a un cielo blanco como la luz de un quirófano. Fue entonces cuando comenzó a nevar.



## *Hambre en el museo*

Raúl Sánchez Quiles  
(La Orotava – Sta. Cruz de Tenerife)

El día en que la Afrodita agachada y el Hermafrodita de bronce amanecieron con los brazos amputados, los responsables del Museo Arqueológico y Etnológico de Córdoba iniciaron una exhaustiva investigación. La máscara del Dios Pan aportó una pista clave que fue corroborada, no sin esfuerzo, por el temeroso Cervatillo de Madinat al-Zahra. El interrogatorio del principal sospechoso concluyó enseguida. En cuanto abrió su boca de piedra caliza para negarlo todo, los restos de mármol blanco y bronce entre sus dientes lo condenaron. “25 siglos sin probar bocado son demasiados”, masculló en su defensa el hambriento León ibérico de Nueva Carteya.







# *Catálogo*

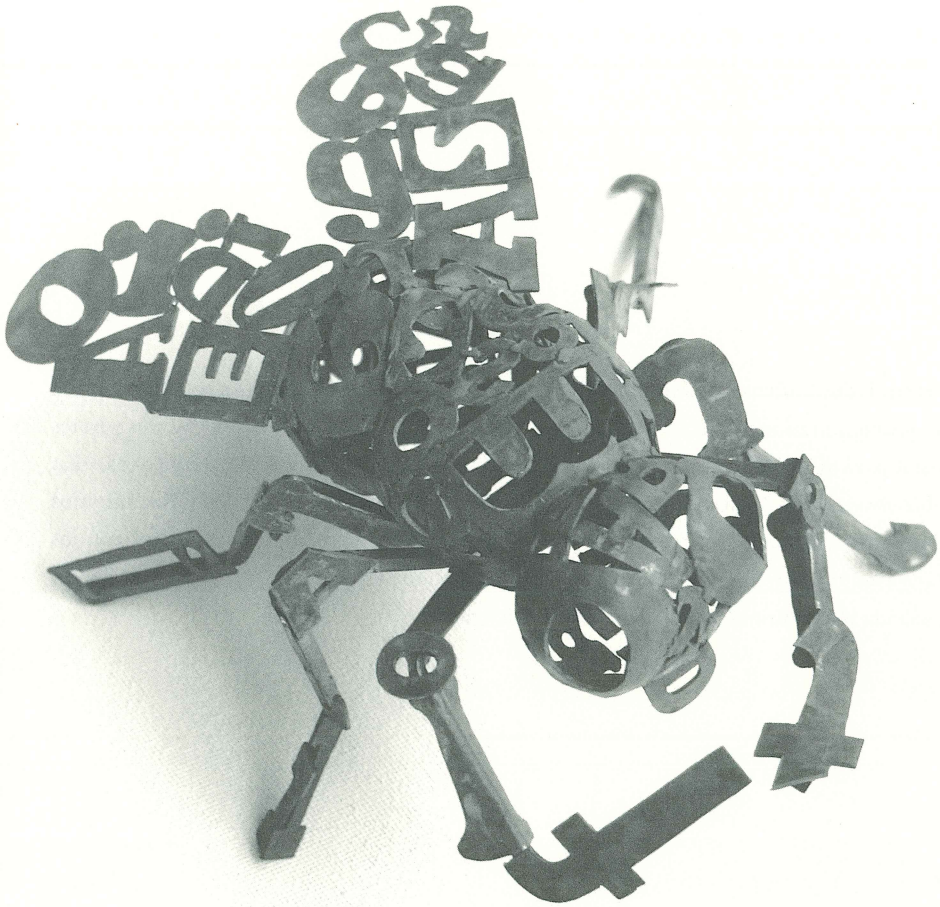
Antonio Zafra Arrebola  
(Córdoba)

In memoriam R. Bolaño

En ese día, en Córdoba, hubo cuarenta y dos nacimientos, fruto de los cuales se vivieron doce vidas felices, veintidós francamente desgraciadas y el resto, de una forma u otra, terriblemente anodinas y borradas por el tiempo de la faz de la tierra sin piedad alguna. En ese día se consumieron dos mil doscientos setenta y seis litros de café y prácticamente el doble de cerveza. Hubo seis accidentes de circulación, sin víctimas y, en las obras de mejora del tendido eléctrico que se iban a llevar a cabo en la Avenida de Medina Azahara, un operario se fracturó varios dedos de un pie con una valla metálica antes de que se hubiera levantado un solo centímetro de asfalto o un adoquín. Se oyeron durante todo el día un total de veintitrés sirenas de ambulancia, unas mejor intencionadas que otras y se dio buena cuenta, por parte de la población, de trescientas sesenta y una cajas de ansiolíticos, de las cuales treinta y seis se habían conseguido sin receta. Entre cuarenta y cien –es difícil establecer la intencionalidad de un niño de esta edad– escolares menores de cuatro años fueron golpeados inopinada e injustamente por compañeros abusones de aula: dos de ellos, treinta años después se verían en manos de sus víctimas, sin llegar a reconocerse. Se recuerdan de ese día dos intentos de suicidio, íntimos e intrascendentes. Se realizaron trescientas noventa y dos declaraciones de amor sinceras que darían lugar a tres embarazos no deseados y a veintiséis tormentosas historias de amor que merecían haberse perpetuado en el cine o al menos en una novela, pero que se perdieron para siempre; y novecientas cincuenta y seis declaraciones falsas o realizadas con dudosas intenciones. Tanto de éstas como de las anteriores surgirían varias –no cuantificables, ya que se encuentran aún en fase de desarrollo– ondas

de dolor que en su expansión, llegarían a alcanzar de una forma u otra, a miembros de tres generaciones posteriores. De ellas no quedó rastro alguno en piedra, muebles, paredes ni papel. Sólo alguna fotografía que acabó siendo polvo. Se cometieron ese día seiscientos veintisiete mil pecados aunque, afortunadamente, ninguno con resultado de muerte. Sobre los propósitos de enmienda no se han conservado estadísticas. Se levantaron doscientas ocho paredes. Se vaciaron seis solares. Las horas hicieron su trabajo con proba diligencia sobre personas y edificios públicos y privados. De los setenta y dos visitantes que tuvo ese día el Museo Arqueológico, dos fuimos mi madre y yo. Sé, de buena fuente, que uno de esos setenta y dos visitantes reprimió una lágrima ante un capitel corintio y no consta porqué. Mi madre, pudibunda, apenas permitió que nos detuviéramos unos segundos ante una estatua desnuda que ilumina el patio. Seguimos hacia la sala de las lápidas funerarias. Nos cruzamos con una sombra que no puedo identificar y con dos de los catorce visitantes que aquel día no comprendieron nada. El tiempo devora los números y devora los individuos y decanta los restos de su naufragio en edificios como éste, los arroja con esa misma sensación de respeto que invade a los que van a vaciar las viejas casas de los parientes fallecidos. Mi madre sabe que no me gusta hablar y sin embargo pregunta. El edificio la ha imbuido de su curiosidad. “¿Qué pone aquí?”. No me gusta hablar y ella lo sabe. Espera. “Sit tibi terra levis”, digo. Sigue esperando. “Que la tierra te sea leve”, digo. “Hijo -contesta-, me tienes muy abandonada”. Ese día se perdieron en esta ciudad, sin remisión, seis anillos, dos medallas de oro y doscientas doce monedas de un euro, cuatrocientas diez de cincuenta céntimos y

otras cantidades similares de monedas de veinte, diez, cinco, dos y un céntimo. Y fueron a la basura cincuenta monedas tristes de peseta y catorce de duro, rescatadas de cajones y botes de cristal para gloria de los arqueólogos. No hay estadísticas sobre billetes perdidos ese día. Ni sobre esperanzas o caricias finalmente desestimadas. Hubo treinta y dos fallecimientos cuya memoria apenas perduró setenta y cinco años, en el mejor de los casos. Pasaron los días, concretamente doscientos treinta y nueve mil ochocientos cinco. Llegó el año 2666 y no quedó la más mínima huella de nuestra existencia.



## *De Vencejos y Cínifes*

Ramón Rodríguez Pérez  
(Córdoba)

*Tres o cuatro veces al día se daba la mano cordialmente a sí mismo, en vez de a las visitas, que nunca llegaban, y siempre se traía a sí mismo novedades sorprendentes.*

**Elias Canetti. *Apuntes para Marie-Louise* (1942)**

Podríamos afirmar que ya llegó la primavera al palacio de los Páez de Castillejo. Son las ocho de la mañana y un mirlo silba en uno de los patios del museo. Al margen de lo que nos puedan revelar los almanaques, hay presencias y ausencias en el aire que así nos lo confirman. Cosme, el jardinero, que se ocupa ahora de los setos, hace días que ya no ve al petirrojo en el limonero, ese pájaro minúsculo que cada diciembre (como los espías de Le Carré) surge del frío y se afana, perseverante, en los bichitos adormecidos del invierno. Es ahora el mirlo, la luz naranja de su pico, el que celebra la llegada del buen tiempo desde las ramas altas del magnolio. También los vencejos, que van y vienen arañando el cielo, esquivando los aleros renacentistas del edificio.

Cosme es arisco y huidizo, apenas nadie sabe nada de él, pero a nosotros –narradores omniscientes– nos consta que es persona de vasta cultura general, voraz lector y alma inquieta. También que tiene veleidades literarias por lo que, de vez en cuando, urde sonetos elegíacos con matices panteístas al más puro estilo juanramoniano. Asimismo sabemos que ha publicado en la prensa local más de treinta cartas al director con temas de variada índole, amén de poseer un título de campeón regional de ajedrez por correo y tres premios especiales en la revista QUIZ, en las modalidades de autodefinido y crucigrama blanco. También que es viudo y onanista ocasional, aunque esto no es significativo para el fin que aquí traemos.

Cosme no habla con nadie, huye del contacto personal y se limita a deambular por las silenciosas estancias. Podríamos considerarlo pues como autodidacto, un hombre-he-



cho-a-sí mismo, y así lo reza en su gorra blanca con ribetes rojos donde, a poco que nos esforcemos, podemos leer: "self made man", entre briznas de yerba y churretes de mantillo.

Nuestro hombre vaga por el museo antes de su apertura, las manos a la espalda. Displaciente, piensa lo que le gustaría contar a los visitantes si le dejaran: todo aquello que él sabe y ha aprendido por sí mismo. Por ejemplo, que esos seres difusos que se adivinan en el fondo del estanque no son simples peces de colores, como le gusta simplificar a la gente; que lo correcto sería llamarlos carpines dorados, ciprínidos originarios de Asia. Abundar en el nombre científico de los animalitos, *carassius auratus*, quizás ya fuese demasiado, pero no tanto reseñar que de día sueñan en el letargo y por la noche, más activos, se alimentan de silencios y claros de luna.

Él sabe bien que los dinares califales que duermen en las vitrinas de las salas de arriba, esas radiantes monedas, se acuñaron con el oro que antaño vino de Malí, Níger y Senegal, por rutas caravaneras que cruzaban ciudades luminosas como Tombuctú, Siyilmasa o Treme-cén..., curiosamente las mismas rutas que, por los pasillos del aire, traen los vencejos, los aviones comunes y las golondrinas, pájaros con nervio que ahora sortean las altas casuarinas de la plaza en ruidosa algarabía. Todas esas relaciones que no suelen explicar los guías al uso, pero que son igualmente parte viva de la realidad del museo, son a las que Cosme daría prioridad.

Otro ejemplo, en absoluto baladí, es el hecho de que las avispas que campean por los espacios abiertos del museo prefieran para posarse los glúteos de Afrodita o la chata nariz de Clodio Albino. Los insectos, como las personas, no suelen hacer las cosas porque sí, no repiten sus actos de manera azarosa sino porque hallan beneficio en ello. Cosme ha



llegado a la conclusión de que el grano fino del mármol griego de Paros o el de la Numidia son más gratos como posadero para estos animalitos. En dicha piedra halla solaz, no sólo la avispa, sino también la mosca y el tábano. Quizá sea más fresca, quizá más dulce.... el motivo aún no lo tiene claro, pero por ahí deberían empezar a indagar los estudiosos.

Ah, si lo dejaran...

Él también ha aprendido que el mármol númera, el giallo antico, hace más jugosos los brotes de hierba que crecen en su sombra (los que alimentan al grillo y a la tijereta en sus hábitos nocturnos), mucho más que otras piedras locales como las de Cabra o Atarfe, calizas donde busca alivio el cínife o mosquito hembra en los prolegómenos previos al desove en las aguas calmas del estanque.

Queda poco para que abran el portón de entrada, Cosme se va despojando del traje de faena, mientras allá fuera, en los altos pinos de la plaza, zurea una paloma. Sólo Cosme sabría precisar que se trata de una tórtola turca, ave de gustos románticos, amante de lo antiguo y del mundo de los cementerios y las ruinas. Pronto empezarán a entrar los visitantes, nacionales y extranjeros, muchos de ellos niños. Los guías turísticos empezarán de nuevo a desgranar aquello del esplendor omeya y la magna ciudad de la Bética. Y, embobados ante la cantinela, nadie atenderá al tábano instalado en la nariz del emperador romano, ni nadie mirará hacia arriba, hacia el cuadrado de cielo donde el vencejo va y viene, pregonando los misterios de África.

## *El Museo*

Salvadora Fca. Jiménez López  
(Córdoba)

Nunca supuse que hallaría el amor entre brocales y que tendría los rasgos afilados de Mithras o el tacto altivo de un capitel. Yo venía cansada de cenas en El armario, de tomar copas en el Fulanita de tal o de buscar libros en Berkana; libros que describieran encuentros fortuitos que propiciaran las delicias del sexo, las promesas de la eternidad. Pero mi eternidad no estaba allí, en Madrid. Mi eternidad permanecía secreta en la ciudad de las columnas infinitas, en la ciudad donde en primavera se recitan versos en las cárceles o en el Puente Romano, la ciudad que tú me prohibiste nombrar porque nunca te ha gustado lo evidente.

El tren me trajo veloz hacia tu encuentro y venía envuelto de ignorancia, paseé descuidada por los jardines del Vial sin saber que para siempre quedaría grabado en mi retina el color oxidado de los ciruelos del Japón. Y anduve como andan los turistas sin querer ser turistas y quise, por un momento, ser Jane Bowles y su valentía, Djuna Barnes y su mutismo. Sí, quise un tajante hospedaje, pero la realidad es que sólo venía para un fin de semana, una escapada en la que no buscaba nada simplemente porque estaba harta de buscar. Me perdí, por supuesto que me perdí, yo estaba acostumbrada a las avenidas y la experiencia de transitar por callejas sin aparente orden hizo de mi estructura mental una madeja de desconcierto, de pronto me sentí como una niña chica: iba en busca de la Mezquita y aparecí en la plaza de Jerónimo Páez, creí estar viviendo un destino que no era el mío y como un naufrago que se acerca a un madero me senté en uno de los veladores que estaba justo al lado del Museo Arqueológico. Me tomé una cerveza de extraordinaria frialdad y saqué el mapa que me devolvería a mi ser, que ubicaría mi provincianismo de capital.

Jugadas del azar: el mapa se me debió caer en el mismo lugar en el que residía mi despiste, sonreí entonces y miré las columnas acanaladas del edificio que tenía enfrente y descubrí, borrosa, la imagen de una sirena que me pareció un buen presagio, después fijé la vista en la figura de Hércules, desdibujado, cubierto por la piel del león de Nemea y apoyado en su clava. Reuní fuerzas como si yo también fuera una figura mitológica erosionada por el tiempo y decidí visitar aquel monumento, atravesar aquella portada grotesca de color tierno que parecía tallada por un orfebre al que le hubieran hecho una mala jugada el viento, la lluvia y los siglos. Me recibió una fuente llena de nenúfares que me recordó a los sueños plácidos que se tienen cuando estamos alejadas del humo, la noche y sus resacas. Tú me dijiste más tarde que el agua para ti tenía el rumor de las composiciones de Pablo García Baena, yo me encogí de hombros sin saber de quién hablabas y fue entonces cuando me prohibiste pronunciar el nombre de tu ciudad y me sugeriste que deberíamos desarrollar el campo semántico del roce, del leve roce con el que principian las enamoradas que acaban de conocerse.

Tú estabas entre los brocales de la segunda planta, paseabas entre ellos, te asomabas a cada uno como si fueras a encontrar tu reflejo dentro, yo salía de la sala en que duerme el cervatillo y una figurilla verde y manganeso, una pequeña jirafa que servía para escanciar líquidos y que seguro estuvo destinada al servicio de mesa de alguna de las residencias de Madinat al- Zhara. Cuando te vi me dije que serías mía, que ese blancor de mármol estaría en mi cama y me acerqué a ti dispuesta a rebasar todas la barreras.

– Hermosos, ¿verdad? – te dije en un susurro.

Levantaste la cabeza y supe que tú no eras una flor de neón ni una de esas mujeres que se esconden en los laberintos de las falsas palabras de internet.

– Fíjese en esta decoración de piñas – me dijiste señalándome un brocal aparecido en la calle Cea – y este otro con motivos geométricos – me volviste a indicar con tus dedos, esta vez te referías a un brocal aparecido en la calle Humosa.

Todo me parecía extraordinario, los nombres de las calles, el esfuerzo de los artistas que lucharían por hallar la perfección, tu voz que era una invitación suave como el vaivén inacabado de las olas pequeñas. No sé si fue el mal de Sthendal lo que nos hizo acercarnos una a la otra, hundirnos en nuestras respectivas miradas como si fueran pozos infinitos y darnos un beso que me supo a vermut. El museo permanecía en silencio, los guardas custodiaban la sombra de Venus, atardecía. Nos dirigimos hacia la puerta, un débil rayo de sol se recogía en los lienzos del muro exterior, me invitaste a pasear, ya no me sentí perdida, bebimos en un pub de la Ribera. Tus gestos, despacio, envolvieron a los míos en una habitación de un hotel al que llamáis "el oxidado" como si fuera un ciruelo del Japón. Supe que tu piel olía a albahaca y te acaricié como se siguen las rutas cartográficas.

## *Fábula poética de Rabí Amicos*

Pedro Porres Oliva  
(Córdoba)

Aquel blanco invierno, en el corazón de la cruel estación, el viejo loco meditaba. Entre viento gélido, su vetusta barba de lana y hielo y sus cabellos como estopa y nubes. Y los ojos clavados en su mecánico ingenio, esa especie de rueda que giraba al ritmo de las jornadas y las estaciones. Muela que pasaba sobre los días como sepultura.

Su pasaje favorito de las sagradas escrituras se había convertido poco a poco en una obsesión. Él, que gozó de reputación entre sus convecinos de Eliossana, al que los más honrados pedían consejo y con el que los más sabios querían controvertir. Él, que por su rica oratoria fue envidiado por los letrados y escritores de la Perla de Sefarad, había tomado ahora fama de loco alquimista porque se pasaba los días trabajando en aquel invento suyo que a todos parecía no más que un simple molino de piedra. Aquel pasaje de Isaías 38:8 seguramente le había trastornado el ánimo: “He aquí que voy a hacer que la sombra del sol retroceda las diez líneas que ha bajado en el reloj de Acaz. Y retrocedió el sol por las diez líneas que había bajado”.

Eran sus ensoñaciones sobre la mecánica del tiempo su particular utopía. Y cada noche esperaba el último ciclo de las estrellas. Como aves migratorias, su último ciclo de estrellas.

En cierta ocasión avisó a sus amigos. Estaba decidido a llevar a cabo su propósito. Al panadero, al herrero, al carpintero, al alfarero y al agricultor. Él les advirtió. Todos quisieron alejar de su mente aquella apocalíptica ocurrencia. Pero él les persuadió. Mirándoles con sus pequeños ojos como semillas de trigo y sus manos abiertas mostrando sus hospitalarias palmas. Y aquellos pausados golpes de tambor que resonaban como latidos y ecos. Por



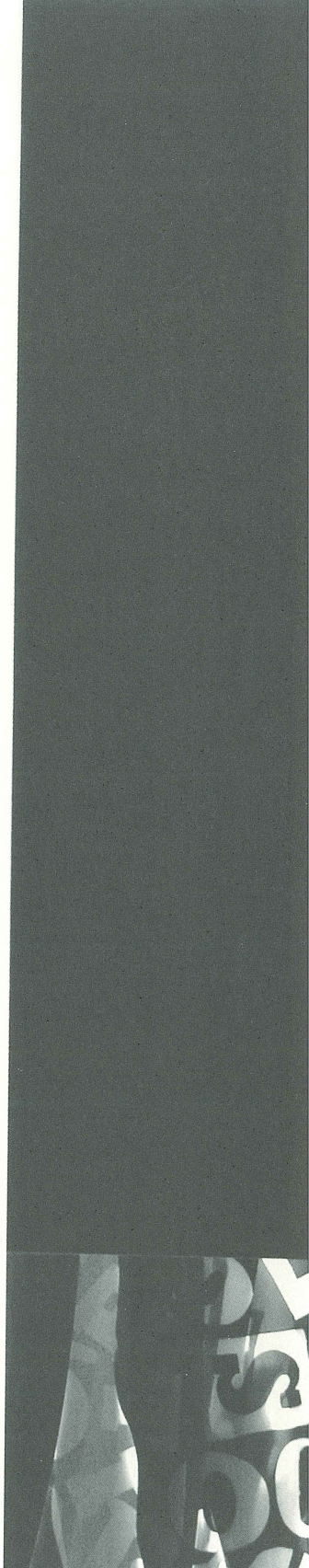
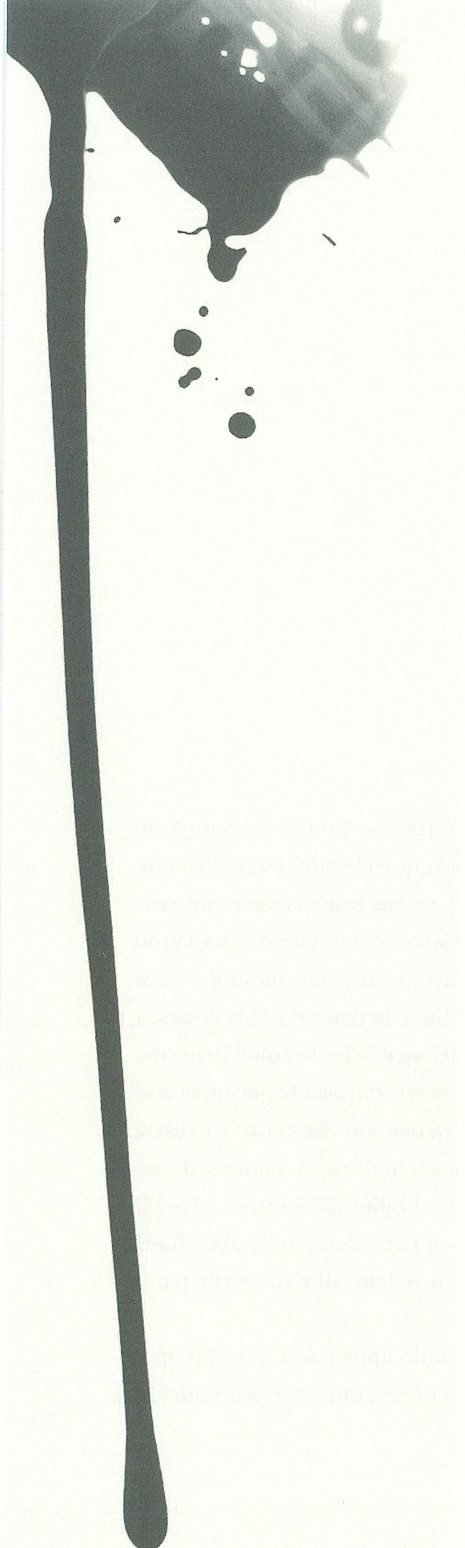
no trastornar más al viejo asintieron y él tomó la manija de su invento y lo hizo girar del revés con fuerza. Entonces el sol cayó fulminado hasta el horizonte del Este tan veloz como un gigante meteorito incandescente y tan rápidas pasaban las constelaciones y la luna que el cielo era como un negro paraguas abierto y agujereado que giraba sin cesar. Y las estrellas eran como rastros de leche. Un tapiz de tonos ocres y tostados de otoño sucedió a la nieve en el valle. Y luego vinieron el anterior verano y la anterior primavera. La madeja, poco a poco, se iba deshaciendo. El molino giraba rápido hacia otros años.

Cuando sus vetustas barbas desaparecieron, sus canas se tiñeron de anteriores colores y brillos y de sus rostros las arrugas caían como hojas caducas, entonces se sintieron felices. Durante tres días y noches el viejo se sintió feliz. Y siguió girando la rueda del revés. El cantero labró la piedra de nuevo e hizo una lápida que le encargó el viejo. El panadero volvió a hornear hogazas de cereal y leche. El carpintero construyó refugios para pájaros. El herrero forjó un enhiesto vástago para un reloj de sol y el agricultor recolectó frambuesas como ofrenda para el sacrificio de aquel invierno. El tiempo continuaba su viaje recuperando épocas y pretéritos. Era tan insólito. Tan admirable. Como un espejismo, un fucilazo de luz en la oscuridad de la memoria.

El viejo seguía empujando aunque cada vez con más dificultad. Ya notaba el cansancio en sus brazos. Pero nadie podía relevarlo. La peonza del cielo giraba cada vez más lenta. Los anillos en los troncos de los árboles permanecían por más tiempo, ya no se borraban tan rápido de uno a uno. Cuando supo que no podía continuar se detuvo exhausto

y elevó la vista hasta las montañas allí donde le gustaría terminar. Liberó la manija de entre sus manos y esta como resorte endiablado giró tan veloz que él sintió en un instante sus huesos y articulaciones entumecerse, ajarse sus labios y en sus pupilas nacer un velo que emborronaba la vista, mientras las estrellas y el sol viajaban como látigo restallando hacia el presente. Un relámpago. Todo se detuvo para volver a su ritmo natural y ellos supieron que ya estaba escrito cuando apreciaron que el golpeo de tambor había cesado y las frambuesas aplastadas sobre la nieve eran ya la sangre del sacrificio de aquel invierno. Entonces el carpintero quiso tallar un ataúd de roble. El herrero quiso forjar unas asas de flor de lis para el ataúd. El agricultor quiso ollar la tierra bajo un almendro y excavar un lecho sagrado. Pero no pudieron. Nada pudieron de sus temblorosas manos y de sus dedos rígidos como gruesas raíces. Ya sólo pudieron acudir al taller del cantero y leer la inscripción en la lápida del amigo: “Rabí Amicos, duerma en paz y descanse en paz hasta que venga el Consolador pregonero de la paz en la puerta de Salem, albriciador de paz, y dígamele: sea su morada en la paz.”

Entonces supieron que todo estaba escrito como cuando apreciaron que el golpeo de tambor había cesado y las frambuesas aplastadas sobre la nieve eran ya la sangre del sacrificio de aquel invierno. Aquel blanco invierno.





## *El cese*

Ramón Rodríguez Pérez  
(Córdoba)

Querido Ernesto: Mi más sincera enhorabuena por la gran afluencia de visitantes que ha tenido el museo el pasado año. Verdaderamente espectacular. Como representante provincial de Cultura he recibido felicitaciones desde diversos ámbitos que traslado hacia tu persona, dado que tuyo es el mérito en la consecución de este abrumador éxito. Que un museo arqueológico modesto como el de Córdoba haya tenido más público incluso que el Arqueológico Nacional no es dato en absoluto despreciable, sino algo que nos debe llenar de satisfacción.

Y aunque las estadísticas están ahí, incuestionables, hay sin embargo, estimado Ernesto, ciertos aspectos en lo relativo a este masivo aumento de público que no sé si a la larga nos pudiera acarrear problemas. Ha trascendido en ciertos foros que en el recinto museístico que diriges están sucediendo hechos extraños o paranormales. En concreto se ha hablado de un vigilante, Celestino Melgarejo, que en una de las guardias, y tras un tropiezo fortuito, al parecer divisó a la altura del orificio anal de uno de los toros ibéricos un “aleph”. Tras una oportuna visita al buscador Google me he informado de que un aleph es una invención que se le ocurrió a un escritor argentino – imagino que para forrarse – y que tal punto o cosa no existe, con lo cual deduzco que el vigilante no está en sus cabales y creo pues que deberíais darle la baja por enfermedad. Me consta que, a partir de difundirse la noticia, son legión los visitantes que vienen exclusivamente a ver dicha escultura, pero no creo que a la larga nos beneficie esa imagen, la de un montón de turistas situados en fila con el único fin de observarle el ojete a un animal de piedra, amén del riesgo que corremos si los sindicatos llegan a enterarse. Podrían acusarnos de que nos hemos aprovechado de manera poco ética de un desequilibrado mental para nuestros fines corporativistas.

También ha llegado a mis oídos, y entiendo que es algo que me desazona sobremanera, que en torno a la figura de bronce del hermafrodita se ha formado una secta herética de ámbito internacional denominada “Sociedad Secreta de lo Ambiguo”. Todo parte del rumor de que todos los que de una u otra manera han estado en contacto con esta pieza (arqueólogos, restauradores, vigilantes...) han sufrido desde entonces graves trastornos de personalidad, una disfunción que les ha llevado a dejar sus oficios de toda la vida para dedicarse a cantar en garitos nocturnos transformados en Sara Montiel o Juanita Reina. Estarás de acuerdo conmigo, Ernesto, en que todo esto son memeces y falacias provocadas por mentes calenturientas e inmaduras, pero el caso es que se ha llegado a comentar que, posiblemente con tu complicidad o con la de alguno de tus empleados, más de una noche se han efectuado ciertos ritos iniciáticos en la sala que alberga la estatua del efebo. Ni que decir tiene que me enfrento a estos rumores con cierta preocupación. Que el museo se convierta en un centro de peregrinación de transformistas de todo el mundo es algo para mí preocupante, por mucho que éstos nos hagan inflar las estadísticas.

Y para colmo está lo del botijo. La vasija de paredes finas con las iniciales I.N. que fue hallada en lo que parece ser fueron los restos de un palacio episcopal tardorromano. No sé como llegó a propagarse la idea, peregrina a todas luces, de que dicho tiesto era una reliquia que guardaba el obispo Osio como oro en paño y que en su origen no fue otra cosa que el búcaro o botijo con el que habría aliviado su sed en las cániculas estivales de Judea el mismísimo Jesús de Nazareth. Desde entonces todo el mundo nos señala como los guardianes de un nuevo Santo Grial, y yo no sé cómo decirles a esta panda de iluminados

que esas incisiones en el barro son de dudosa lectura y no tienen por qué significar necesariamente Iesus Nazarenus, pero no hay peor ciego que el que no quiere ver y he tenido que prohibirle a mi secretaria que me pase más llamadas para entrevistas en programas del más allá. Ernesto, yo deseo lo mejor para la cultura, pues para eso han confiado en mí, pero me niego a verme entre chiflados especulando sobre ovnis, aparecidos y sábanas santas. Ya lo creo que me niego. Y permíteme que a ti te recomiende lo mismo. Sé de buena tinta que asistes invitado a multitud de reuniones y congresos de parapsicología, obviando otros eventos donde sí que impera el rigor científico y académico. Creo, sinceramente, que esto está pasando de castaño a oscuro, y no quiero pensar, Ernesto, que tú hayas sido capaz de diseñar esta estrategia demencial con el fin de ver favorecidos los objetivos que te marqué. Y aunque las cifras están ahí, incuestionables, dándote la razón, debo comunicarte que no me queda otra opción que ordenar tu fulminante cese. Mi salud ha mermado considerablemente en los últimos meses ante todo este cúmulo de despropósitos, así que espero que lo entiendas. Y para que veas que no tengo nada personal contra ti te voy a proponer para que entres a formar parte del equipo que gestiona la Red Comarcal de Museos de las Alpujarras Almerienses, con sede en Tabernas. No te preocupes por las distancias, últimamente las carreteras han mejorado mucho. Allí se respira un aire muy seco y puro que te va a beneficiar sin duda. Además te quedará bastante tiempo libre para dedicarlo al avistamiento de platillos volantes ya que por aquellos lares, al parecer, pasan mucho. Gracias por los servicios prestados, Ernesto, y recibe mi más distinguida consideración.

# *Antiautobiografía de Miss X*

## *– Un desmoronamiento –*

Antonio Rojano  
(Córdoba)

*Ya nadie piensa en ti, Miss X.*

**Miguel Alberti**

No fue una bala en el cerebro, ni un ahogamiento, ni un incendio doméstico que la consumiera – junto con su barra de labios – demasiado rápido o demasiado lento. No hay que hablar tampoco de justicia divina o de cambio de fortuna. Como bien sabemos, Aristóteles hace mucho tiempo que descansa-en-paz y conoce tan poco de nuestra historia como Miss X. de su Poética.

Tan solo fue un accidente. Fortuito. ¿Qué más importa?

Sobre un mismo accidente no todos relatan lo mismo. Cada uno relata a su modo un accidente distinto, cuando, sin embargo, se trata del mismo accidente. Siempre de una forma distinta, con palabras distintas: caída, torpeza, casualidad. De modo que, en definitiva, el relato se transforma en tantos accidentes como personas lo cuentan. A. dice que aún estaban trabajando. B., que ya habían terminado. A. dice que fue por una viga metálica. B., que era una barra de acero. C., el guardia de seguridad del turno de tarde, dice que no estaba allí, pero que algo ha oído, algo que A. contó a B. y que B. guarda en secreto.

Miss X. no pudo llegar esa tarde al museo hasta justo después de las cinco. Puso todo su empeño en no retrasarse, como en ella era habitual, pero volvió a entretenerse durante el camino. Junto a un pequeño naranjo, en una de esas callejuelas que enlazaban el museo con el centro de la ciudad, algunos conocidos dicen que la vieron saltando con la mano en alto, tratando de alcanzar una naranja que se le resistía. Miss X. pensó que una naranja amarga podría estar bien para hacer bizcocho. Luego, le asaltó la duda, pensó en sus caderas, en la celulitis, en la piel de naranja que comenzaba a sombrear los muslos y

en la influencia que un bizcocho – uno más – tendría sobre la indeseable operación-bikini que pretendía acometer esa misma primavera. Finalmente, desistió y marchó con prisa, sabiendo que volvía a llegar tarde. Otra vez.

Miss X. era restauradora. Le gustaba su trabajo. Aunque no sabía mucho de arqueología, había estudiado Bellas Artes y aquel espacio relajaba sus tiernas e inocentes pasiones. Miss X. estaba casada y tenía un niño de ocho años, pero a veces su mirada se perdía en el vacío más tiempo del necesario y especulaba con viajes o escapadas o marchas transoceánicas a paraísos oscuros y solitarios. Esto no ocurría muy a menudo y mucho menos desde que el propio museo comenzó su expansión. Tiempo atrás, durante una excavación rutinaria, habían descubierto que en sus entrañas había un olvidado teatro romano. El museo se atiborró de arquitectos, restauradores, albañiles y estos la bañaban a miradas, guiños y palabras malintencionadas. Volvía a sentirse atractiva, deseable, y gustaba de coquetear con ellos muy tímidamente, ofendida a veces, pero siempre halagada.

Miss X. se cruzó esa tarde con dos hombres. Entre los albañiles, no eran de los más guapos, pero sabía reconocer en sus ojos que también la deseaban. Los saludó torpemente y se apartó a un lado. Ambos transportaban algo sobre los hombros, algo que parecía pesar demasiado.

-Como ve, nosotros somos como usted, señora. Como los médicos. También arreglamos las cosas viejas... Y esta casa en la que trabaja es muy, muy vieja –dijo A.

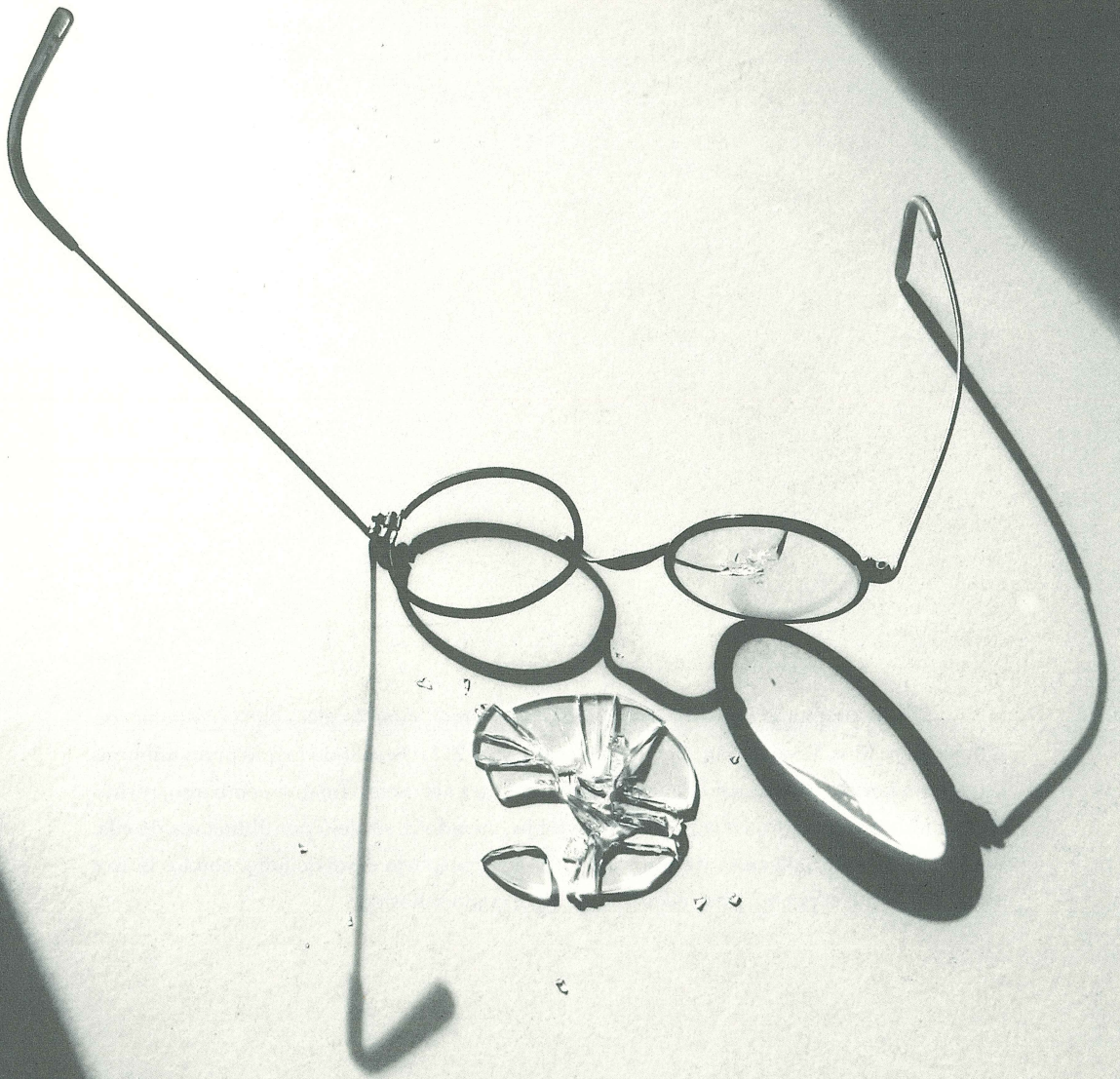


– ¿Quieres mirar dónde pisas, estúpido? – le recriminó B.

En ese instante, A. tropezó con algo, tal vez con el brocal de un pozo. B. no pudo soportar el peso y sintió un golpe, como un mordisco sobre su hombro. Miss X. se asustó por el ruido, tanto que no pudo ver nada de lo que ocurrió después. Eso que cargaban los albañiles golpeó un viejo capitel con forma de avispero en el que se representaban a unos músicos. Ella estaba justo debajo. Mientras el capitel árabe perforaba el hueso parietal de Miss X. y aplastaba el córtex motor dejando el cuerpo calloso de su cerebro del mismo modo que quedaría un tomate olvidado sobre la vía de un tren de alta velocidad, Miss X. comenzó a redactar mentalmente su biografía. Bueno, más bien, su antiautobiografía.

Como una película quemada – con los fotogramas velados – que desfilara por delante de sus ojos, Miss X. no recordó ni a su hijo ni a su marido. No recordó a su madre en su lecho de muerte, aquello extraño que le dijo de su padre, hombres nunca serán hombres o algo así. Tampoco a su tía M. cuando la vio caerse de aquel caballo en el verano del 88 ni la primera vez que viajó a Benalmádena para ver el mar. No recordó aquel poema que aprendió de memoria cuando era una escolar porque la señorita O., de sexto curso, se empeñó en ello, ese que Góngora dedicó a su ciudad y que contenía un verso que a ella le confundía, uno que dice: tu memoria no fue alimento mío. No mucho menos recordó aquella ovación que recibió mientras interpretaba a Hedda Gabler para la exitosa función teatral de su universidad, un año antes de licenciarse.

Mis X. simplemente recordó a Z., su-primer-amor, cuando ella apenas contaba con quince años. Miss X. sabía muy bien lo que era besar a Z. Lo besó todo lo que pudo mientras estuvieron juntos, aunque solo fueran dos meses. Antes del oscuro final, sin embargo, revivió aquel fatídico momento, en la parada de autobús, cuando Z. se alejó por última vez de ella. Recordó cada punzada en su vientre y cómo Z. caminaba bajo el sol de julio, con los brazos anudados sobre el pecho, protegiéndose de algo, como si lloviera.





# Gafas

Javier Gutiérrez Rubio  
(Madrid)

Un retrato de Adolfo Hitler ocupaba parte de la portada del diario ABC aquel día en la estación. El titular anunciaba la inminente toma de Stalingrado por el ejército alemán. El joven de delgadez extrema y gafas circulares no pudo evitar pensar, al pasar junto al montón de periódicos, que era la fotografía de Hitler quien le miraba a él y no al contrario. Luego se dirigió con su maleta de cartón hasta el andén donde esperaba el expreso nocturno a punto de partir.

El emérito profesor de arqueología y, a la sazón, director del Museo Arqueológico de Córdoba dormía profundamente cuando escuchó los insistentes llamados del timbre de su puerta. Soltó un exabrupto, a la vez herético y obsceno, mientras se vestía un batín granate sobre el pijama y, con los pelos blancos de punta, bajó las escaleras y abrió la puerta, si esto se puede, de un portazo. En el umbral, con el capote subido sobre la garganta por el frío, impertérrito y con bigote se encontraba el teniente de la Guardia Civil, llevaba el tricornio contra el pecho como una especie de loro acharolado. “Perdone que le moleste, profesor”, dijo el guardia civil, “ya sé que éstas no son horas, pero necesito su ayuda para un asunto”. “¿Mi ayuda?”, repuso el viejo que se iba encendiendo poco a poco, “perdóneme la expresión, teniente, si no es de su gusto pero ¿quién cojones se cree que soy? ¿Su cabo chusquero?”. El teniente señaló con la mirada al final del callejón. Bajo un farol de forja, un cabo vigilaba a un hombre un poco encorvado. “Todo el mundo sabe aquí, don Samuel, que usted estuvo pensionado en Alemania y que domina el idioma”. “Ande”, dijo el profesor resignado, “hablemos de esto en mi despacho del museo”.

En la oscuridad, cruzaron el patio morisco del museo. El profesor encabezaba la marcha con un tintineo de llaves. Encendió el interruptor de la luz de un pequeño estudio en la planta principal. “Pasen”, dijo el antiguo profesor sujetando la puerta. “Ya he avisado”, dijo el teniente, “al Ministerio de seguridad alemán de Madrid”. “Vienen de camino”, añadió mientras obligaba al prisionero a sentarse en una de las sillas, “pero antes me gustaría hacerme una idea cabal de qué tenemos entre manos”. El prisionero llevaba las manos esposadas a la espalda y tenía un oscuro corte sobre la ceja. Uno de los cristales circulares de sus gafas aparecía quebrado. “Pregúntele de dónde viene”, instó el guardia civil. El director se sentó frente al prisionero y le habló en un alemán que sonó muy poco natural. Los dos hombres se miraron pero no hubo respuesta. “Pregúntele cómo se llama, adónde se dirigía, si es un anarquista o un comunista”. El viejo hizo las preguntas. El hombre esposado no se inmutó. El teniente cruzó en dos zancadas el cuarto y agarró con violencia la manga del joven. “Pregúntele qué significa este número tatuado en la muñeca”. En efecto, al subir un poco la manga del abrigo, el profesor pudo ver un número de cinco cifras tatuado en la parte interior de la muñeca.

La botella de coñac había menguado con el transcurso de la noche. El joven de las gafas circulares llevaba varias horas hablando en alemán y el profesor, a su vez, traduciendo lo que decía. El teniente de la Guardia Civil había escuchado en silencio, bebiendo café con coñac, y sólo, muy de vez en cuando, había intervenido para realizar alguna pregunta. El joven, que cada hora parecía más esquelético, había acabado derrumbándose y

ahora sollozaba inconsolable en un infierno de recuerdos. Al fin, el profesor y el teniente se miraron. “Mire”, dijo el guardia civil, “seguro que está exagerando”. El emérito doctor en arqueología lo fulminó con la mirada. “De acuerdo”, dijo el teniente, “pero qué quiere que haga, no me puedo meter, así, sin pruebas, ésta no es nuestra guerra”. El profesor se acercó al detenido y le habló mansamente. El hombre señaló con un gesto de cabeza hacia el lugar donde había quedado colgado su abrigo. El profesor buscó en los bolsillos interiores de la prenda hasta que dio con una cartera con goma elástica. De ella sacó una fotografía que llevó junto a una lámpara de lectura. El guardia civil se acercó y los dos juntaron sus cabezas para ver mejor aquella imagen cuya definición era pésima. Se veía a una funcionaria uniformada junto a una mancha heterogénea, algo que parecía un montón de carbón pero que no era carbón, parecían más bien miles de trozos de alambre curvo o redondeado. “¿Pero qué demonios es eso?”, se preguntó el Guardia Civil en voz alta. El profesor quedó mudo observando la fotografía y luego, muy despacio dijo: “son gafas”.

## *La soledad de las estatuas*

Miguel Sánchez Robles

(Caravaca de la Cruz – Murcia)

*Afrodita agachada* (Museo Arqueológico de Córdoba)

*Copia romana de una obra de Doidalsas de Bitinia*

*Época de los Antoninos, 138-192 (original, 250 a.C.)*

### *I*

## *Mirar estatuas*

Me gusta mucho mirar estatuas despacio y preguntarme: “¿Qué anhelan las estatuas? ¿No tienen vida de verdad las estatuas?”. Si las miro bien, con atención y ternura, acabo siempre pensando y creyéndome muy seriamente que todas las estatuas parecen esperar algo en su barniz eterno y descuidado, en su tiempo sin tiempo de todas las estatuas. Sí, esperan algo. Siento que esperan algo. Algo que, en algunas de ellas, se parece a tener expectativas desmesuradas y ambiciones imperialistas y, en otras, a abrazar a una muchacha hecha de carne rosada o a terminar siquiera de reír o llorar o lo que estén haciendo. Si las miras bien, ninguna estatua parece querer nunca permanecer donde está. Si las miras bien sufren. Hasta las sientes sufrir. Hasta podría salir de sus labios: “disolver es narrar” o “recuerdo que era octubre, su pelo sobre el hombro”. A lo mejor tienen por dentro ese movimiento rápido de ojos que significa rem. A lo mejor sueñan por dentro. A lo mejor mastican algo por dentro. Y, si sigues mirándolas bien, las sientes digerir la soledad del mundo, porque el mundo también está solo y ellas lo saben, saben la cantidad de soledad que tiene el mundo. Incluso, si sigues mirando bien, te dejan adivinar su envidia a una mujer sacudiéndose el pelo. Yo creo que las estatuas se vengarán un día de algo. Y yo también me vengaría de algo.



Mientras tanto las miro. Estoy encaprichada de la Afrodita agachada, la ninfa de la fuente del Museo de Córdoba. Me gusta mucho cómo miran con tristeza sus ojos rotos de piedra. Esa escultura es la obra más dramática que yo he visto nunca, con sus pliegues de carne en la cintura, de carne que se parece a la carne atormentada de los cuadros de Rubens, de carne que sí quiere ser carne, aunque sea mármol blanco de la isla de Paros. Es bellísima, bellísima, bellísima.

## II

Me llamo Rosa. Vivo cerca de un campo de fútbol. Me gustan mucho la música, la amistad y la nieve. Me he operado mi última variz. Leo sólo libros estupendos. En el bachillerato fui miss alegría y cabello bonito. En el viaje de novios estuve tumbada al sol en Bora Bora. Mi único hijo tiene ya veinte años, va a la Universidad, juega al baloncesto y usa camisetas de esas que llevan sentimientos escritos en inglés y siglas de Supermán o de los Rollings. Mi esposo siempre está hablando por el móvil y preguntándole a alguien: “¿Vosotros le habéis dado unos presupuestos de azulejos a Transportes Argos?”. Y yo soy un poco como las gambas que tienen el corazón en la cabeza. No hago locuras. Nunca he tenido un amante. No escupo en los cristales de las cafeterías. No voto a partidos de izquierdas. Estoy apuntada a una asociación que lucha para que inventen algo que permita a los niños burbuja hacer vida normal. Me horrorizo cuando mi peluquero Blas Rafael me cuenta con su prosodia homosexual que los verdes han pedido el procesamiento de los obispos por incitar al odio contra los gays. Tengo muchas amigas a las que les gustan las telenovelas y algún día repugnante del mes de marzo me bebo a escondidas media botella de martini. Yo soy así: una perfecta preciosa perra dócil que ha visto todos los documentales de la 2. Ver muchos documentales te da una comprensión poliédrica del mundo. Te enteras de cómo los esquimales acostumbran a depositar su propia saliva en la boca de las focas que acaban de matar para evitar que regresen al mundo y de que las salamandras regeneran sus patas si se las cortan y de cómo un eclipse de luna equivoca a las flores. En los documentales se suelen ver también pequeñas historias humildes de muchachas que tienen anorexia y de

niños bolivianos pobres que se mueren sin haber visto nunca el mar ni las piscinas y de tris-  
tísimas prostitutas de la India que se peinan en la calle con un trozo de espejo en la mano y  
de cómo a un marroquí en Francia le han negado un trabajo por su pequeña cojera. Pero  
otras veces, ves alguno que no te gusta mucho y después te preguntas: “¿Para qué quiero yo  
saber que ha descendido el número de fracturas de cadera en los ancianos de la comarca  
del Segre?” o “¿Para qué quiero yo ver estas modelos de rostros clónicos con pómulos pare-  
cidísimos y labios parecidísimos?”. Y entonces me dan unas ganas locas de salir a la calle y de  
ir a algún sitio. Entonces hago eso. Voy al Museo Arqueológico de Córdoba. Y entonces la  
miro mucho. Doy vueltas a su bulto redondo. La contemplo desde todos los ángulos. Miro  
su contorsión de piedra que sí quiere ser carne. Miro su rostro roto como de mujer que  
ha sido rociada por ácido sulfúrico o algo así y pienso en mí y en ella como en un corpus  
mutuo de soledad finita o infinita.

### *III*

## *Tatuaje*

Entonces tatuaría. Me arrodillaría con un aparato de tatuar y, con letra garamond o arial unicote, yo tatuaría en mi brazo y en la piedra de mi adorada Afrodita la misma frase que Rainer María Rilke tiene como epitafio en su tumba de Raron en Suiza: “Rosa, oh contradicción pura, alegría de no ser sueño de nadie bajo tantos párpados”.



## *Los pendientes de oro*

Elvira Sánchez López  
(Córdoba)

La restauradora toma en sus manos el paquete informe que le ha llegado de la excavación. Con sumo cuidado, corta el plástico en el que está envuelto y un hedor de tierra mojada y hongos llena la habitación en la que se encuentra. La rutina vuelve banal todo movimiento, cien veces repetido. Pero lo que tiene en sus manos ha reposado bajo la tierra durante más de dos mil años, y es esa sensación de extrañamiento, la rareza de mancillar un objeto sepulto, tal vez sagrado, lo que desapareció hace ya mucho tiempo de su conciencia.

Se trata de una urna funeraria en la que se conservan restos óseos semi carbonizados y un ajuar indeterminado, que la radiografía previa no ha logrado desentrañar. La moneda de bronce está ahí, sin duda, el metal es lo que mejor se distingue. También se entrevé un ungüentario y alguna fibula, y no se reconoce si un colador de plomo, o algún otro instrumento. La radiografía muestra, muy cerca del fondo, un conglomerado que aparece blanquecino sobre el tono oscuro de la lámina de plástico.

La restauradora, con dedos ágiles, extrae cuidadosamente los restos humanos que deposita en un recipiente para su posterior lavado. Cada vez que despunta un objeto del ajuar, se detiene, lo marca, lo señala y lo fotografía. Es precisa una documentación exhaustiva, ella lo sabe muy bien. Los huesos no parecen ni eso. Son meros fragmentos desperdigados, sin forma, algunos se deshacen en sus manos, algo inevitable, pues llevan mucho tiempo bajo tierra y es ahora cuando ven por primera vez la luz del sol. Por suerte, la profundidad del sustrato en el que se encontraba la urna la preservó de un ataque biológico invasivo, tan solo una pátina de limo verdoso torna suave la superficie exterior del vaso ce-

rámico. Cada vez que la restauradora realiza una operación como ésta, le vienen a la mente las palabras de su maestro, el cual siempre bromeaba con los pendientes de oro que habría de encontrarse en una de aquellas urnas. Los pendientes de oro. Y, sin embargo, la gente de aquellos lugares era pobre, y los ajuares encontrados hasta ese momento se limitaban a pequeñas piezas de bronce, algún que otro anillo, broches, monedas, objetos de cerámica o de hueso, pequeños instrumentos de plomo.

Esta urna era de una mujer, eso casi seguro. Por la tipología del ajuar, no cabe duda. El ungüentario pequeño, que cabe en una mano, le habla de la necesidad de embellecerse, tan humana e intemporal como la búsqueda del alimento. Una fíbula retorcida, pequeña, oculta entre los productos de corrosión, le hace imaginar la delicadeza de unas manos que la abrían y la colocaban sobre la túnica.

La restauradora prosigue su paciente labor. Se toma su tiempo, no conviene apresurarse. “¡No vayas a escaparte con los pendientes!”, le decía su maestro. Y ella seguía sin comprender que alguien pudiera tener la ansiedad por robar lo que la tierra iba trayendo, la historia que se desenterraba tan despacio y cuyos objetos no eran de nadie, sino de la humanidad entera, pues hablaban de nosotros, de lo que un día fuimos, de nuestras estúpidas posesiones que nos sobrevivieron, a pesar de nuestro celo por mantenernos jóvenes y sanos. No entendía a los desalmados que andaban con el detector de metales por el monte destrozando yacimientos, por el mero placer de acumular objetos que ni tenían valor en sí mismos ni a ellos podían indicar nada, ellos, tan sumamente ignorantes.

De vez en cuando tropieza con algún hueso más grande de la cuenta. La restauradora lo aparta, sabe que a partir de él se podrían reconocer mil vestigios, la edad al morir, lo que la alimentaba en vida, las enfermedades familiares. Se podría clonar a este ser ya atemporal, a esta mujer de otro momento que podría ser ella misma dentro de otros dos mil años.

Va retirando objetos, huesos, va fotografiando. En el fondo, finalmente, el grumo metálico resulta ser dos láminas de bronce con decoración incisa. Adhiere un trozo de papel de seda sobre la lámina superior, pues tiene miedo de que se pueda romper al sacarla. Bajo ellas, encuentra un diente humano, una pequeña muela marfileña de la niña que murió hace tanto tiempo y que sus padres se preocuparon de incinerar junto a un par de diminutos pendientes de oro engarzados entre sí, intactos, preciosos, perfectos, que la restauradora extrae del fondo del vaso, mientras el tiempo, ese compañero inmisericorde, prosigue su inexorable camino.





## *Mujer con espejo*

Juan Casas Ávila  
(Hidalgo – México)

Armado con la estilográfica y un cuaderno barato ibas febril a la caza de motivos. Cuando tus ojos están al acecho, recogen todo lo que miran. Un relieve, alguna cara, una construcción desvencijada. Pero tu mejor fuente de temas y motivos fue siempre el museo de Arqueología de esta ciudad de Córdoba. Es un museo al que siempre se entra por vez primera. Un museo que en cada rincón, en cada sala, tiene algo para los ojos ávidos de asombro. A ella la habías visto antes en alguna de las salas, o quizá sus miradas se habrían cruzado meses atrás en uno de los patios, en alguna de las salas. Los ojos de Ariadna no son de los que se olvidan; aunque es posible que nunca la hubieses mirado y que la reencarnación exista y que la recuerdes de otra vida. Fue un día de mayo o de junio. Estabas con tu cuaderno y con la estilográfica haciendo apuntes en la sala que sirve de refugio al majestuoso León Ibérico, cuyas formas asediabas con trazos rápidos e irregulares, caóticos. Te sentaste en un rincón de la sala, por cansancio o en pos de algún hallazgo, de un cambio de perspectiva. Sin hacer ruido, ella entró y se colocó frente al león de piedra y escudriñó la figura con detenimiento, llevaba sandalias y un vestido claro, quizá marfil. Ariadna miraba la escultura con una mezcla de compasión y recelo. Como temiendo que la piedra resucitara y a la vez implorando que cobrase vida. Luego, sacó de entre sus ropas un pequeño espejo y lo colocó frente a la cara del blanco animal pétreo. Le decía cosas en voz baja que no alcanzabas a escuchar, el tono de su voz era de una suavidad suspendida en el umbral del silencio. Cada vez que resonaban los pasos de alguien, ella se interrumpía y comenzaba a mirarse, distraídamente, en el espejo, como revisando su maquillaje, como buscando una brizna de

polvo en uno de sus ojos. Cuando creía estar sola en el recinto, permanecía largo rato buscando que la impasible figura milenaria se reconociera en el pequeño objeto circular. Fiel a tu oficio, intentaste algunos trazos de la joven frente a la estilizada figura del felino, sosteniendo el breve círculo de vidrio. Pero bastaron dos segundos, en los que te afanabas con algún detalle y al levantar la vista, la chica ya no estaba. Había desaparecido sin hacer ruido.

Pero volviste al día siguiente y al siguiente. Por un tiempo sólo hiciste bocetos de la chica, de manera furtiva, hasta que un día, estrujaste el papel, o quizá soltaste la estilográfica; y ella te descubrió y volteó a mirarte con estupor, con rencor. Sorprendida, guardó su espejo y salió huyendo.

No volvió. Aunque a veces, creías percibir el resabio de su perfume en el ambiente. Un día, incluso, preguntase a un empleado del muese por la chica y él sólo te respondió, con una sonrisa, que no recordaba a nadie que llevara espejos a ese recinto.

Pero una tarde soleada, la encontraste en uno de los patios del museo, cuando te vio venir, intentó salir huyendo, pero la atajaste con tu propio cuerpo. Cuando miraste su rostro no encontraste en él indicio alguno de disgusto. Platicaron sobre el calor y sobre la cantidad de gente que con sus plantas pulía las aceras, a pesar del clima. Luego, hablaron de nada, de las cosas anodinas que se dicen quienes apenas se conocen. Cuando estaban por despedirse, te atreviste a preguntarle sobre el león y el espejo. Hizo una mueca de fastidio y te dijo que no entenderías. Luego sonrió y se despidió de nueva cuenta. Pero no estabas dispuesto a dejarla ir sin que dijera algo, estabas intrigado. Haré un esfuerzo, aprendo

rápido. Le dijiste. Está bien, no tiene importancia. Te dijo y comenzó a respirar como quien toma aire para tranquilizarse. Es una tontería sin importancia, un simple juego que sólo yo entiendo. Entonces tú le dijiste que si te explicaba también lo entenderías. Te miró como suplicando y comenzó a hablar. Verás, por alguna razón, me imagino que el león tenía un compañero, pienso que esas esculturas eran colocadas en parejas frente a las tumbas de los nobles. No creas que estoy loca, sé perfectamente que la figura no está viva, lo sé, pero algo me dice que cuando coloco el espejo frente al león, éste se siente feliz de algún modo. No sé si lo sepas pero cuando una persona pierde una mano o un pie, el cerebro se descontrola porque conserva las conexiones del miembro perdido, incluso siente dolor o comezón. Dicen que estas personas se angustian tanto que al colocarles un espejo a un lado, se tranquilizan porque miran el miembro, que en realidad es un reflejo de la otra mano. En fin, no me hagas caso. Todo esto es una locura. En el fondo el espejo lo pongo para mí y quien está triste soy yo y me reconforta la idea de poder atenuar la soledad de ese león formidable. Incluso es probable que ni siquiera haya tenido una pareja.

Guardó silencio y no fuiste capaz de articular palabra. Cuando se despidió te extendió la mano derecha y sentiste la rigidez, el frío, la dureza de la prótesis. Permaneciste ahí, un rato largo, y fue ella la que te sacó del aturdimiento, posando sus labios en tu mejilla.

Desde entonces, siempre que puede, Ariadna juega alrededor de ti y en ocasiones coloca el espejo frente a ti, para que te mires; mientras te dice, susurrando, que ya no debes estar triste, que ya no estarás solo.







*Este libro se acabó  
de imprimir  
en mayo de 2010*

